

MEDICAMENTA



REVISTA DE ESTUDIOS
Y TRABAJOS PROFESIONALES DE CIENCIAS MEDICAS



DIRECTORES

† Prof. Dr. EDUARDO GARCIA DEL REAL Prof. Dr. PEDRO LAIN ENTRALGO
Catedráticos de la Universidad de Madrid. De la Real Academia de Medicina. Instituto de España.

Redacción y Administración: Ríos Rosas, 37. Madrid - Teléfonos 24 22 63 24 22 62 y 24 22 61

Editada por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. Sección de información científica y propaganda.

Fechas periódicas de aparición: 1 y 16 de cada mes. Franqueo concertado. Número suelto, 1,50 ptas

EDUARDO GARCIA DEL REAL

1870-1947

Decían los antiguos que el anciano, exento ya de otros oficios, puede vacar íntegramente al ejercicio de la sabiduría. Esto venía uno a pensar cuando don Eduardo García del Real, cada vez más flaco y acabado de cuerpo, siempre tan vivaz y agudo de espíritu, entraba durante los últimos meses en su despacho de *MEDICAMENTA*. Su saber múltiple y minucioso, su ingenio rápido y chispeante, como la llama de una rama seca, y aquel constante gusto suyo—de perdurable adolescente, diría yo—por la travesura verbal, llenaban de ilustrada alegría el espacio en torno a él y daban testimonio de cómo el espíritu del hombre puede vencer, hasta con ganancia, las lacras de su cuerpo.

Pero si el cuerpo enfermo no puede vencer al espíritu, puede, en cambio, abandonarle, y esto es la muerte. El corazón de don Eduardo, mortalmente herido desde hace algún tiempo, cesó de latir el pasado día 16 de noviembre. La Medicina española ha perdido con García del Real una de sus figuras más eminentes y ricas en matices; y *MEDICAMENTA*, a cuya edición consagró buena parte de los últimos años de su vida, un director lleno de inteligencia y celo.

Durante sus cincuenta y cuatro años de vida médica—fue licenciado en 1893—desempeñó, siempre con gran brillantez, numerosos y muy diversos cargos. Ganó por oposición directa tres cátedras distintas: Enfermedades de la Infancia, Patología Médica e Historia de la Medicina, y fue miembro de número de la Real Academia Nacional de Medicina.

Su actividad de publicista ha sido, sin exagerar un punto, formidable. Pocos médicos españoles tendrán en su haber un número tan considerable de obras impresas a la vez originales e importantes. En tres grupos puede ser clasificada su ingente producción científica:

I. Publicaciones de orden clínico. Descuella entre todas su magno *Tratado de Patología Médica*, en diez volúmenes, gigantesca empresa que acometió por sí solo; y deben ser mencionados un importante libro de *Terapéutica infantil*, declarado de mérito por el Consejo de Instrucción Pública; el volumen titulado *Diagnóstico precoz y tratamiento específico de la tuberculosis pulmonar*, y la Memoria acerca del *Valor diagnóstico y terapéutico de las tuberculinas*, premiada por la Academia Médico-Quirúrgica Española.

II. Trabajos sobre temas de Higiene y Medicina social. Su primera publicación, el año 1900, fue consagrada a estudiar *Los medios de disminuir la mortalidad en Madrid*, y mereció ser premiada por la Sociedad Española de Higiene. Unanse a ella el libro *Los peligros del alcohol* y la Memoria *Lactancia natural y artificial*, premiada por la Real Academia de Medicina.

III. Escritos de carácter histórico. Deben ser mencionados los más importantes: su *Historia de la Medicina en España* (1921), una *Historia de la Medicina en la Edad Antigua* (1924), el volumen *Arnaldo de Vilanova y las Parábolas de Meditación* (1936), de la Biblioteca Clásica de la Medicina Española; la *Historia contemporánea de la Medicina* (1934), y las biografías de Ferrán y del general San Martín. Sobre temas históricos versaron también los cursos que pronunció en las Universidades de Buenos Aires y Montevideo.

La enumeración precedente da no más que una pálida idea de la actividad de don Eduardo como escritor y publicista. A los títulos escritos deben añadirse los de un considerable número de trabajos menores, publicados en las revistas médicas de Europa y América, así como otros, cuyo tema se aparta más o menos de los tres anteriores epígrafes. Todos ellos demuestran, con mayor eficacia que cualquier lista de adjetivos y adverbios, cómo la vida de García del Real fue por él consagrada a servir a su patria y al saber médico. Yo, sucesor suyo en la cátedra de Historia de la Medicina y compañero en la Dirección de *MEDICAMENTA*, he querido ser, en nombre de todos los que con él hacíamos esta Revista, el encargado de recordarlo a los médicos españoles y de expresar el dolor que su pérdida nos produce. Que Dios haya premiado a don Eduardo su constante y valioso esfuerzo.

PEDRO LAIN ENTRALGO



RECUERDO DE DON EDUARDO GARCÍA DEL REAL

POR LOS PROFESORES

Dr. D. TEÓFILO HERNANDO y Dr. D. GREGORIO MARAÑÓN

El doctor García del Real, cuya muerte nos duele en estos momentos, pertenece a una generación de las que han ejercido una mayor influencia en el avance de la Medicina en nuestro país.

Salvo casos aislados, el nivel de ésta fué muy bajo durante los siglos XVII y XVIII; se inicia su ascenso a fines de este último, y va subiendo penosamente hasta el último cuarto del siglo XIX, en el que llega a la cima la figura única de Cajal; con él coincide un grupo de médicos extraordinarios: San Martín, Sañudo, Madinaveitia..., que habían de dar un enorme impulso a la Medicina práctica, sin descuidar algunos de ellos los métodos de investigación.

La generación siguiente mantiene dignamente, y aun algunos acrecentan, la herencia de la anterior. Recordemos la Escuela de Cajal, y para no mencionar más que algunos de los desaparecidos, los nombres de Achúcarro y Pío del Río. A su lado, otros varios, clínicos e investigadores, de los que todavía viven muchos por fortuna, y a los que han seguido nuevos maestros que dirigen grupos formados por una juventud ansiosa de saber.

Destacaba en la generación intermedia la figura de García del Real, por lo vasto de su cultura, su independencia de carácter, la afabilidad y grajeo de su trato y la austeridad de su vida.

Fué uno de los médicos más cultos de nuestro tiempo. Después de una buena preparación lograda en España, completó sus estudios en Alemania, trabajando con los clínicos e investigadores más notables de aquel tiempo. A su regreso continuó su tarea: al mismo tiempo que en el Laboratorio de Cajal realizaba trabajos histológicos, profundizaba en el conocimiento de la Clínica, y pronto, en oposiciones brillantes, consiguió en 1902 la cátedra de Pediatría de la Universidad de Santiago.

Teniendo condiciones de investigador y de clínico, por diversos motivos, quizá por una falta de ambición o por una dificultad para acoplarse a ciertas condiciones que requiere el ejercicio práctico de la Medicina, sin abandonar por completo estos campos, se dedicó de lleno al papel de Maestro, enseñando en la cátedra y divulgando en centenares de trabajos cuanto sabía.

Imposible es ni siquiera enumerar sus publicaciones, aunque ello sería por sí solo el mejor mo-

numento (nunca mejor empleada la palabra) que se podría dedicar a su memoria. Entre ellas destaca su gran Obra de Patología Médica, en la que él solo asumió la enorme tarea de poner al día todos los conocimientos de la Medicina Interna.

Interesado por los estudios históricos, consiguió, también por oposición, en 1921, la cátedra de Historia de la Medicina, de la Universidad de Madrid, y desde entonces consagró a ella sus actividades principales. No se limitó a dictar sus lecciones, sino que hizo que sus discípulos fueran sus colaboradores, dando lugar a la publicación de una serie de trabajos monográficos, que, reunidos en una decena de tomos, constituyen una fuente que será de gran utilidad para todo el que se ocupe de estudios históricos; al mismo tiempo consiguió despertar entre los jóvenes la afición a estas investigaciones. Publicó asimismo dos grandes libros de historia de la Medicina, y completó con extensas notas la traducción que hizo del libro de Garrison.

Con ser importante esta labor, no termina ahí, sino que en innumerables folletos, artículos periodísticos y conferencias hizo que llegaran a todos los médicos las últimas novedades de la Medicina, desde las más insignificantes hasta las más trascendentales.

No sé si el «humor» de García del Real, su «ironía fina», correspondían a un estado íntimo de su conciencia, o eran, como en otros casos, un antidoto contra un fondo de tristeza y de preocupación por las cosas de su país; pero el hecho es que su conversación era extraordinariamente entretenida, siempre se mostraba alegre y decidida y en todo momento refería con gracia anécdotas que recordaba fácilmente. Con muy pocos trazos hacía la caricatura de ciertos personajes, sin que, por lo demás, dejara en él ni en los oyentes señales de aversión, y menos de rencor.

Su ironía no llegó nunca a ser mordaz, pero fué quizá ella, con su liberalismo y su sinceridad, los que le pusieron topes para ciertas consagraciones oficiales y hasta quizá en su éxito como práctico. Sin embargo, todo ello iba bien con su carácter austero, pues nunca pretendió más honores, y fueron muchos, que los conseguidos a fuerza de trabajo, ni aspiró a más recompensas que al cariño y a la admiración de los suyos, de

sus discípulos y de sus amigos, con los que contó en vida y los que puede asegurarse que le seguirán después de su muerte.

Si hubiera adoptado un emblema, en él hubiera podido escribir, como aquel otro médico del Renacimiento:

Lauri plusquam auri.

T. HERNANDO.

* * *

Solía decir Pierre Marie que no había situación más difícil que la de un profesor jubilado. Con frecuencia, la eliminación de la vida activa sobreviene cuando la salud está todavía inhiesta y la curiosidad viva; y es doloroso abandonar, de un día a otro, lo que ha sido el objeto del afán y del entusiasmo durante toda una existencia. ¿Qué hacer entonces? ¿Seguir acudiendo, despojados de la dignidad profesoral, a la Universidad? Pero, ¿en qué actitud? ¿Cómo no herir la susceptibilidad del sucesor? ¿Cómo convertirse, para no herir a nadie, en un estudiante más, con la cabeza encanecida? Lo mejor, concluía el gran neurólogo, es hacer lo que he hecho yo: irme a vivir al campo. Para quien ha trabajado largos años, sin tregua, en el laboratorio, en la clínica, en el despacho abarrotado de papeles, el dejarlo todo, el cambiar todo esto, por la esquemática vida rural, es como volver a empezar; y, a la vez, saber acabar.

Hay, sin embargo, maestros que, sin el expediente radical de Pierre Marie, aciertan a llenar de una ocupación digna y noble los años postreros, los de la obligada vacación. Yo he conocido a muchos. Acaso ninguno entre los que he tenido cerca haya realizado el difícil trance con la plenitud de don Eduardo García del Real.

Testigos hemos sido todos del espectáculo admirable de su vida en esta etapa postrera. No parecía sino que cada una de sus curiosidades se había afinado y que habían nacido en su alma

muchas curiosidades nuevas. Leía como nunca. Escribía con su mismo infatigable afán. Iba todas las mañanas a una clínica, a una conferencia, a donde pudiera ver cosas nuevas o cotejar con la opinión de los demás las suyas, siempre despiertas. Y en estas ocasiones solía decir la palabra exacta, la digna de su categoría, y, a la vez, la congruente con su situación. Así le vimos, en los últimos seis años, casi todas las mañanas, llegar al hospital, sentarse entre todos, ver los enfermos y discutir los problemas con entusiasmo y con autoridad. Es seguro que para todos los que allí acudían se multiplicó, con esta postrer convivencia, el amor y el respeto que había sabido inspirar durante su larga vida de magisterio inteligente, en el que su mucho saber se templaba con un escepticismo leve y un inagotable humor.

Todos los médicos españoles, de mi generación hacia adelante, han sido discípulos suyos. Todos hemos tenido en las manos los libros de García del Real o le hemos oído disertar sobre un problema médico, siempre con precisión o comentar con una paradoja optimista los problemas, y no son pocos, que no podían resolverse.

Muchos, además, hemos tenido que recordarle con respeto y con gratitud, andando por esos mundos, porque a veces, en sitios a donde no había llegado más que como un eco la ciencia española, estaban ya sus libros de Historia, la Historia de nuestra Medicina; y con ella una exposición digna de lo que esa Medicina ha representado y representa, sin patrioterías, pero con una visión entusiasta, generosa y eficaz.

Por todo ello, le recordáramos siempre con respeto y gratitud, si no tuviéramos todavía dos motivos más para honrar su clara memoria: el espectáculo de su curiosidad, de su ímpetu juvenil por saber, hasta última hora, y el recuerdo de un don raro entre los humanos, que él poseyó prodigamente: la amistad.

G. MARAÑÓN.